

BACANAL Y FRATRICIDIO EN LO COMUNITARIO: ANDRÉS ANGULO PÉREZ Y JOSÉ ANTONIO MARTÍNEZ CORONEL A LA LUZ DE LA CRÍTICA CULTUROLÓGICA
ORGY AND FRATRICIDE IN THE COMMUNITY THING: ANDRÉS ANGULO PÉREZ AND JOSÉ ANTONIO MARTÍNEZ COLONEL TO THE LIGHT OF THE CULTUROLOGICAL CRITICISM

Autor: M.Sc. José Luis González Almeida (Master en Estudios Interdisciplinarios sobre la Historia y la Cultura de América Latina, el Caribe y Cuba. Profesor Auxiliar Principal).

Institución: Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad Agraria de La Habana, Cuba.

e-mail: cnososcu@unah.edu.cu

Localidad: Mayabeque, Cuba

Resumen

La pugna perdura. Entre *lo urbano* y *lo rural* se ha canonizado una asimetría de representaciones que, deliberada o inconscientemente, incide en el concepto mismo que poseemos de **Comunidad**. Para algunos teóricos, la cuestión es fácil de dirimir: bastaría con equiparar las leyes y categorías inherentes a cada uno de esos universos, desdibujando quizás las lógicas, potentes y necesarias peculiaridades que los identifican. Otros, en cambio, continúan aferrados al viejo esquema decimonónico que reserva a lo citadino la misión acaso “providencial” de conquistar/colonizar a lo agrario. Y aparecen los más sensatos, quienes abogando por la unidad en lo diverso le insuflan al campo un dinamismo, un entusiasmo, toda una vitalidad que nos lo presentan generador de transformaciones... Constituyen éstos, quiérase o no, enunciados a no soslayar por una asignatura como “Estudios de Comunidades”. De sus vigores han de dar cuenta no pocos escritos -ya “básicos”, ya “complementarios”- que, insertos en una contextualidad característica, anuncian (porque son también) la historia misma de cualquier país. En el caso de la mayor de las Antillas, en especial de la crónica de sus comunidades, existen textos a los que no podemos renunciar. Reparar críticamente en el **Curso de Historia de las instituciones locales de Cuba** (de Andrés Angulo y Pérez) y en el **corpus** de ensayos con los que José Antonio Martínez Coronel examina la trascendencia plural de **El Valle de la Pájara Pinta** (con la rúbrica de Dora Alonso); determinar, asimismo, el lugar que ocupan ambos autores en la literatura vernácula dedicada a los asuntos comunitarios, estructura el propósito fundamental de las páginas que siguen.

Palabras clave: Asignatura “Estudios de Comunidades”, Comunidades urbanas y rurales, Andrés Angulo y Pérez, José Antonio Martínez Coronel

Abstract

The conflict lasts. Between the urban thing and the rural thing an asymmetry of representations has been canonized that, deliberate or unconsciously, it impacts in the same concept that we possess of Community. For some theoretical ones, the question is easy to settle: it would be enough with comparing the laws and inherent categories to each one of those universes, fading maybe the logics, potent and necessary peculiarities that identify them. Other, on the other hand, they continue grasped to the old outline nineteenth that he/she maybe reserves to the city dweller the mission providential of conquer/colonize to the agrarian thing. And the most sensible appear who pleading for the unit in the diverse thing him insufflate to the field a dynamism, an enthusiasm, an entire vitality that you/they present it to us generator of transformations... they constitute these, want you or not, enunciated to not ignoring for a subject like Studies of Communities". Of their vigor they must give it not counts - already few writings basic, already complementary - that, insert in a characteristic contextuality, announces (because they are also) the same history of any country. In the case of the bigger than the Antilles, especially of the chronicle of their communities, texts exist to those that we cannot give up. To repair critically in the Course of History of the local institutions of Cuba (of Andrés Angulo and Pérez) and in the corpus of rehearsals with those that José Antonio Martínez Colonel examines the plural transcendence of The Valley of the Pájara he/she Paints (with Dora's heading Alonso); to determine, also, the place that both authors occupy in the vernacular literature dedicated to the community matters, they structure the fundamental purpose of the pages that they continue.

Keywords: Subject Studies of Communities", urban and rural Communities, Andrés Angle and Pérez, José Antonio Martínez Colonel

I- El silencio que expira

Ofertar un concepto lo más ecuménico posible de Comunidad -tan ecuménico, que en ocasiones resulta derivación tautológica de algo que en sus inicios mismos no logró convencernos del todo, cuando no se presenta como expresión infundada de paradojas internas que no acertamos siquiera a vislumbrar-; subscribirse a aquellos rasgos, niveles y funciones que desde cualquier texto (1) tipifican a lo comunitario, o apropiarse de la clásica distinción metodológica entre campo y ciudad (comunidades "rurales" y "urbanas") para, a partir de su analogía, presumir que abrazamos los enfoques y epistemes de una ciencia certera, parece ser una constante tomada **ad pedem litterae** por exegetas y catedráticos de todas las latitudes a la hora de programar/conducir un Curso, Módulo, Asignatura, Conferencia, Seminario, Clase Práctica -o cuanta forma organizativa del

proceso docente-educativo exista- cuyo objeto lo constituya, precisamente, el Estudio de (las) Comunidades.

Secundar aquí los “sacrosantos mandamientos” de la generalidad y la rutina, no implicaría, desde luego, marchar a tono con lo más consensuado como “alta pedagogía”, sino vedarle albores a la innovación, luces a la espontaneidad. Habita en el discurso por venir un móvil menos didáctico que el constatado en aquel al que nos ha acostumbrado la universidad tradicional, al menos en lo concerniente a los Estudios de Comunidades. No es de mi interés, por tanto, reparar en los “objetivos generales” de la forma organizativa empleada, los “conocimientos esenciales a adquirir”, las “habilidades principales a formar”, o los “valores fundamentales a los que tributa”; tampoco en las “indicaciones metodológicas generales para su organización”, o los “textos básicos y otras fuentes bibliográficas” a los que acudiré” (2). El mío enfila más bien hacia la búsqueda de una sistematicidad cognitiva que constantemente se (re)construya a partir del ejercicio (y el goce) de lo racional.

En tal sentido, tomar textos que parecieran no aportar mucho en cuestiones de los Estudios de Comunidades -al menos, aquellos documentos que la academia más pasatista catalogaría como “no tan identificados con ese objeto de investigación”-, lleva la impronta de una propuesta referencial y analítica que se despoja de estereotipos o de concepciones predeterminadas. Son escritos que, desde una connotación supuestamente “complementaria”, pueden resultar tan “básicos” como pudieran serlo, *verbi gratia*, los clásicos volúmenes de Ezequiel Ander-Egg (3), o las no menos memorables aproximaciones de Juan Carlos Mijangos (4) y Avelino Couceiro Rodríguez (5), por citar tres casos latinoamericanos seleccionados al azar.

Tomando, pues, como modelos dos producciones no sólo distanciadas por sus respectivas fechas de aparición, sino por el componente ideológico que las enmarca y tipifica, e incluso por los objetivos estratégicos que persiguen sus autores, se realiza una interpretación del fenómeno **Comunidad** que se ¿regodea? en lo filosófico-semiológico, justo para apreciar a lo comunitario en tanto universo mucho menos ingenuo, comedido y descontaminado que como hasta ahora se ha visto. Es cierto: una gran dosis de crítica historiográfica y literaria signa la prosa de mis empeños; mas, ello ha de servir curiosamente para un mejor discernimiento respecto a lo que resulta, sin dudas, trascendental dentro del sistema Economía – Cultura – Comunidad, toda vez que intelectuales no dedicados explícitamente a este correlato, han reparado en él.

Al **Curso de Historia de las instituciones locales en Cuba** por Andrés Angulo y Pérez, y a los ensayos que José Antonio Martínez Coronel dedicara a analizar el comportamiento de la identidad viñalera en **El Valle de la Pájara Pinta**, de Dora Alonso, van consagradas las fuerzas de este ejercicio historiográfico. No demandemos a ellas una entereza ciclópea en lo referente a las

aportaciones teóricas; busquemos sí el ímpetu que desatan a la hora de desentrañar, detrás de cada uno de los planteamientos formulados por ambos autores, cuáles son las concatenaciones establecidas entre lo comunitario propiamente dicho y ciertos indicadores de representación, autoconfirmación, empresa unificadora desde y para lo nacional, o de estricta naturaleza socioclasista, que en todo contexto están siempre presentes.

II- Ofrenda primera

Al menos en el arte, Latinoamérica se libra de servidumbres. Con el siglo XX emerge una irreverencia discursiva que, en términos de literatura ficcional, explora en la naturaleza prístina de lo autóctono. Los vetustos modelos de la tradición europea, particularmente franceses e hispanos, son ahora removidos: más allá de las clásicas historias de aventura y desamor, interesa retratar los móviles y, en consecuencia, las contradicciones de una (cierta) vida colectiva. Escenarios, personajes y situaciones hasta entonces soslayados, cuando no abruptamente estereotipados, asumen una vitalidad dramática que les vuelve protagónicos. Son los tiempos del antiaristocraticismo sanguíneo de la “escuela” arielista; los años de la Revolución Mexicana y la Reforma Universitaria de Córdoba, la de nuestros iniciales *soviets*. Por doquier se escucha hablar de muralismo, crac bancario o vanguardia postneoclásica; en Cuba, por ejemplo, un Movimiento Minorista funda la primera gran revista de incidencia ultramarina (**Avance**) (6), después que algunos de sus afiliados acusaran públicamente al Presidente Alfredo Zayas de ímprobo y poco o nada popular.

El encontronazo campo-ciudad, el desencuentro producción agraria-producción industrial -apenas dos manifestaciones minúsculas de las rivalidades Norte-Sur que también los Estados Unidos de América se encargaran de ratificar, sobre todo a partir de 1914-, adquieren en nuestras “repúblicas” un auge inusitado. Colombia, Venezuela y Argentina se solazan con una narrativa que si bien no puede sustraerse al abismo para nada ilusorio entre lo urbano y lo rural, intenta la expropiación de lo mimético, y más de un crítico pauta las diferencias entre el quiérase o no anquilosado criollismo de estirpe decimonónica y este otro universo escritural que aún hoy reconocemos como **novelas de la tierra**.

A las novelas de la tierra, igualmente denominadas **naturales** o **regionalistas**, son inherentes las fórmulas arquetípicas de la Latinoamérica de entonces. La inconmensurable dicotomía urbano – rural, blanco – mestizo/negro, hombre – mujer, o Norte – Sur que puebla al subcontinente, no aparece sino como modalidad expresiva de una asincronía capitalismo – economías de base feudal, cuyo sustrato ideológico más cercano se remonta a la tesis de la “civilización” y la “barbarie”, maximizada en nuestros predios por Domingo Faustino Sarmiento andando el siglo XIX.

El capitalismo, la industria, la mercancía dinero se equiparan, pues a la civilización, conforme lo feudal y agrario a la barbarie. Detrás queda la diatriba socioeconómica y clasista entre tiempos históricos distintos, modos de producción diferentes, en los que sólo una dependencia unidireccional parece anunciar puntos de contacto. Lo mismo *Don Segundo Sombra* que *La Vorágine* o *Doña Bárbara*, conforman un **corpus** textual para el que un dilema de tal envergadura condiciona el norte de la brújula. Admitámoslo: prima en estas novelas, en mayor o menor medida, un determinismo cultural, económico y político expuesto con ojeriza al lector más consecuente del siglo XXI; empero, si algo internalizaron Güiraldes, Rivera o Gallegos fue la voluntaria convicción de que debían nuestras “repúblicas dolorosas” arrojar a la fronda del progreso.

La prosapia comteano-positivista que cimenta las obras de estos tres narradores, se emparenta con un darwinismo de matiz pedagógico (preceptista) que halla en la segunda postguerra el caldo de cultivo idóneo para potenciar sus fuerzas. Dable resulta ubicar por toda Latinoamérica y el Caribe hispanófono ejemplos elocuentes de esa incidencia. En Cuba, sin embargo, los intelectuales más dadivosos con la receptividad no fueron los novelistas o cuenteros, siquiera los poetas, sino los científicos sociales, los ensayistas.

Entre estos científicos mayormente influidos por los conceptos y preceptos de las novelas de la tierra, se espera de los jurisconsultos una superior vehemencia. Abogados -a veces impelidos- a otorgar autoridad o **corpus** legal a una reestructuración social que se moderniza incluso constitucionalmente, estos guardianes de un Derecho aunque “democrático” no menos conciliador en lo clasista y lo político, reservan a lo urbano y, en particular, a lo urbano – institucional un **status** directivo que resulta en buena lid elitista, esquilmador.

Desde luego: no todos los juristas secundaron, a ojos vendados, la fórmula excluyente y opresiva que para referirse a lo agrario y a las “cosas de guajiros” instituyó la democracia representativa de la antinacional burguesía cubana. La mayoría de estos letrados, justo acotarlo, resucitaron aquella manida táctica “providencialista” de una filantropía romántica que, si bien deparaba a lo rural la extremista condicionalidad de un escenario hostil, regido por fuerzas salvajes, ocultas, ciegas; veía en el campesinado a un grupo etéreo que por su “inocencia” estaban como destinados a “proteger”. Y esto es algo que, pese a su carácter reformista y mojigato, no puede desconocer un examen que se precie de ser equilibrado o agradecido.

Hubo, finalmente, una tercera tendencia, que es aquella que se ubica en el ámbito de la renovación. Más interesada que las dos anteriores en mostrar (reconocer) al campesino cuál había sido su papel en el devenir sociocultural de la patria, se erige como conducta intelectual harto contribuyente a la tesis de la identidad. En todo ese reconocimiento de inspiración comunitaria hallaron, pues, los

cultores de esta “escuela” el aval anímico requerido para que, aún manteniendo sus lógicas y necesarias diferencias, se mostraran como no antagónicos esos pares sociales (dialécticos) que Carolina de la Torre llama polos “internos” y “externos” del proceso identitario:

...la identidad, no es sólo algo que está ahí para ser descubierta. Necesita ser pensada, reconocida, establecida y aceptada (negociada dirán algunos) en un proceso práctico y comunicativo (social), donde participan siempre polos internos (los sujetos de esa identidad) y externos (los otros que la reconocen, crean, aceptan o rechazan). (7)

No es, sin embargo, objeto de este examen, el reparar en esos “polos externos” que “reconocieron”, “crearon” y/o “aceptaron” los valores de aquellos “sujetos” campesinos ubicados en el “polo interno” de lo identitario doméstico. Más fructífero resulta, sobre todo en los marcos de la asignatura o módulo “Estudios de Comunidades” que contempla el Diplomado en Estudios Socioculturales, detener la mirada en quienes demasiado regidos por las tesis menos dúctiles de las novelas de la tierra, **rechazaron** de la identidad agraria incluso su “necesidad de ser pensada”. Y es que no siempre son los cultores de un pensamiento **no progresista** los peores ejemplos para lo que debemos hacer; ya lo asegura la sabiduría popular: al adversario se le combate y vence, conociéndolo.

Así las cosas, y atendiendo al análisis global que de las comunidades urbanas y las instituciones afines formula en todos sus ensayos (v.g., **Nociones de urbanismo histórico**, 1934; o **Suburbios, arrabales y barrios**, 1938), toca al doctor Andrés Angulo y Pérez resultar paradigma de esa fórmula excluyente y opresiva para con lo agrario o rural, a que hiciera referencia en los párrafos precedentes. Su nombre se asocia pues con la apología al Municipio y su contribución a lo ciudadano, toda vez que a aquel corresponde resultar medida (rasero) de los actos “cultos”, de los actos modernos, racionales y económicamente rentables, que es decir capitalistas:

...Entre los diferentes tipos de instituciones locales que han conocido los pueblos, la institución municipal es la que más ha sobresalido y la que se ha mantenido, con este u otro nombre, como institución perpetua en los países civilizados.

(...) el progreso y el constante crecimiento urbanos imponen a los municipios una multiplicidad de importantes servicios públicos, variados y necesarios para la comunidad local, y su municipalización es una forma muy apropiada para realizarlos. (pp. 17 – 18). (8)

De ahí que sea esta idea de la “perpetuidad” del capital, la tesis que signe el discurso de una de sus obras más polémicas y enunciativas de conservadurismo: el **Curso de Historia de las instituciones locales de Cuba**, que en 1943 presentara a la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público adscripta a la Universidad de La Habana, donde se desempeñaba como Profesor.

El volumen, impreso por la editora Cultural S.A. de la Capital, responde más a la pasatista tradición hispánica de Sacristán Martínez, Olave Diez e Hinojosa, que al código renovador de lo cualitativo, expuesto para la fecha por Anderson, Trasher, Wirth, Zorbaugh o Cressy en la Escuela de Chicago. Y no es fortuito que así sea: el examen de la vida urbana propuesto por estos sociólogos norteamericanos de la educación, toma como base las técnicas de la observación participante, la entrevista en profundidad y los documentos personales más variados para encauzar sus investigaciones de campo, motivo por el cual resulta más factible a Angulo Pérez canonizar a los autores hispanoparlantes, atados a una erudición positivista del gabinete y los archivos que los lleva a encumbrarse en su torre de marfil.

En tal sentido, de lo que se trata en la obra de Andrés Angulo es de privilegiar el concepto que más tarde se denominaría de “Organización de la Comunidad”, no para desterrar del imaginario colectivo el enunciado de lo que mucho después habría de (re)conocerse como “Desarrollo Comunitario”, sino para dejar bien estipulado que entre uno y otro proceder mediaban no pocas diferencias, avaladas por la supuesta “superioridad” accional e incluso intelectual del primero respecto al segundo. Para ello, acude a los estadios más remotos de la cultura latina clásica, intentando hallar una genealogía que eternice o torne más continua su prosapia afectiva, práctico-metodológica, institucional:

Las diferencias fundamentales entre el Municipio y las colonias romanas, eran de carácter económico-social, y consistían en la mayor riqueza de los municipios que tenían diferentes clases sociales. Las colonias se formaban, por el contrario, con ciudadanos aventureros amparados en los privilegios que les concedía la ciudad romana.

Había también notables diferencias entre ambos regímenes de gobierno, pues si en el de los municipios sus habitantes tenían libertad para darse sus leyes y nombrar sus magistrados, en las colonias romanas era la ciudad imperial la que legislaba y nombraba sus funcionarios. (pp. 76 – 77).

Es decir, en los dominios ideográficos de Angulo y Pérez correspondía a la ciudad (la gran urbe) fungir cual “imperio” legitimador de los espacios rurales. Incapaz de reparar en lo metropolitano o avasallador del coloniaje que inobjetablemente este proceso entraña, el también autor de **La afirmación y la quiebra de la libertad en las instituciones locales** (1941) edulcora su sintaxis con propósitos harto definidos: 1ro) ocultar la ausencia -o si se prefiere, la dejadez- de lo que Marcos Marchioni denomina la “intervención pública (estatal o de estructuras periféricas)” (9) en los asuntos agrarios; y 2do) contribuir a la inmovilidad de un **status quo** republicano (neocolonial) que resulta plausible en tiempos de Guerra Mundial:

...Por el citado siglo VI, las colonias fenicias de la Península solicitaron el auxilio de la de su igual origen, Cartago, cuya ayuda obtuvieron; pero a su vez estos protectores se quedaron instalados en el territorio español, y de esta manera empezó la penetración cartaginesa en la Península. (p 39)

Aludir a la colonización cartaginesa en los términos de una “penetración protectora” que no es esbozada siquiera en sus aspectos más nimios -salvo en lo concerniente a su interés porque se “reconociera su supremacía” (p 49)-, constituye una manera otra de no colocar el “dedo en la llaga” de la dominación imperialista de los Estados Unidos sobre Cuba. La comunidad nacional, particularmente la comunidad citadina donde se concentran e interactúan las instituciones republicanas a nivel (rango) central, es vista pues -sugerida- como un universo que al no hallarse directamente subordinado a la cúpula gobernante de la Isla (correlato típico de la colonia), sino a toda una serie de instancias más o menos “autónomas” que van desde el Municipio hasta el Congreso (reflejo del *modus vivendi* republicano), ostenta la condición de “independiente”: “La fuerza que tuvo el poder romano se atribuye a la amplitud de la libertad local. La extensión del Imperio se debió especialmente al sistema de auto-gobierno (sic) de las ciudades, que florecieron mientras se mantuvo la libertad municipal” (p 103).

No hay en Angulo y Pérez, es cierto, una declaración *explícita* del nivel de relaciones entre Estados Unidos y Cuba por la que pueda considerársele un defensor a ultranza de nuestra condición (neo)colonial. Los criterios del autor de *La autonomía municipal* (1936) están subyacentes, actúan como “contrafuertes” de un discurso que (nos) sabe embaucar. Por lo mismo, va configurando una poética ensayística que no es -apropiándonos de un par actitudinal presentado para otro examen por Enrique Ubieta (10)- ni “consejera”, ni “denunciante”:

...Por el estudio de las instituciones locales conoceremos la formación y proceso de los pueblos, que es de gran importancia para todos los ciudadanos, y muy especialmente para los estadistas y gobernantes, por las experiencias y sabias enseñanzas que ofrecen para el mejoramiento social. (p 15)

Y como Cuba ostenta, a su parecer, un *status* político que le permite figurar en el concierto de naciones independientes que pueblan el planeta, debe continuar exhibiendo esa condición sólo mediante la recurrencia a la “disciplina” y la “docilidad”. Corresponde, pues, a los “estadistas” y “gobernantes” arremeter desde arriba, ejercitar al pueblo en el añejo mito de la “virtud doméstica”, si de veras quiere el caimán antillano mostrar al mundo un afán de “cultura” y “civilidad” al que el escritor, ilustre catedrático y no menos eminente traductor de francés, destina sus esfuerzos más sistemáticos:

...Los romanos fueron tolerantes con los pueblos vencidos. Premiaban a los que los ayudaban en la conquista, toleraban a los indiferentes y castigaban a los que se sublevaban o resistían. La conducta de la ciudad o pueblo conquistado determinaba la clase y cantidad de derechos y privilegios que Roma le reconocía o concedía, motivando distinciones entre los pueblos dominados, comparable con una cadena formada por eslabones distintos, en que cada uno de éstos constituyera y representara diferentes derechos. (p 63)

El “servilismo” se agrava toda vez que, permeado por los conceptos filosóficos de Stammler y Antonio Sánchez de Bustamante y Montoro, enarbola la tesis de un comportamiento institucional, una expresividad política estática o inamovibles. Insistir en lo **eterno** y **absoluto** de esas **formas jurídicas** (las instituciones), sustrae de su pensamiento cualquier propensión a lo transformativista dentro del fluir de lo comunitario y, más concretamente, de lo sociocultural: “Las instituciones se arraigan y perduran en los pueblos, igual que sus costumbres y tradiciones, y no cambian fácilmente; ellas evolucionan por grandes ciclos y sus características se mantienen en el transcurso de las edades” (p 22).

Permanencia tal en el “transcurso de las edades” implica una filiación al conformismo, que sitúa a estos “Apuntes de clases” tan bien recepcionados en el México de Manuel Ávila Camacho, en el centro mismo de una abulia, una pasividad si no contraria al disenso, en mucho sí al antagonismo. Amparar el silenciamiento de la cultura opositora marcha, pues, en el libro de Andrés Angulo y Pérez como la expresión macro de un sistema que eterniza la disparidad urbano-rural, ya desde una connotación micro. Por sus palabras fluye cierta incondicionalidad -que no la fe ciega- a un cuadro de relaciones que no revierta esa arquitectura de **status**, actos comunicativos y roles asociada a la comunidad citadina y “antibárbara” en tiempos de república neocolonial:

El desarrollo de la industria y el comercio, propios de las actividades urbanas, no impidió que los árabes fomentaran la agricultura, y aunque los técnicos eran los mozárabes asimilaron muy pronto los conocimientos proporcionados por los españoles. Tuvieron el acierto de no seguir el procedimiento latifundista que tan desastroso fue (sic) para los romanos, pues adoptaron el fraccionamiento y cultivo del territorio por pequeños propietarios” (p 127).

Dos aspectos quedan aquí apresados para el presentador de **Cuestiones prácticas del gobierno municipal** (4 volúmenes, 1936 – 1939): en primer término, el hecho de la relación de dependencia que se establece entre la industria y el comercio (de un lado), y la agricultura (del otro). En segundo lugar, la defensa si se quiere subliminal que de la pequeña propiedad y por añadidura de la clase media -a la cual pertenece-, formula el prolífico catedrático.

Fiel a lo planteado por Ramiro Guerra y Sánchez en *Azúcar y población en las Antillas* (1927) (11), pretende Angulo y Pérez fomentar no sólo el (con)dominio de una clase social a la que el paradigma modernista reservara el **status** de elemento perspectivo idóneo en cuestiones de ejecutoria gubernamental, sino el desplazamiento de un sector oligárquico y latifundista hacia instancias no hegemónicamente directivas. No es su propósito, desde luego, desterrar de los anales de la economía cubana la presencia altiva y “sonora” del capitalismo; sin embargo, el mero hecho de considerar que la alta burguesía pueda ser “acorralada” por grupos clasistas hasta entonces “subyugados”, constituye ya razón suficiente para no asociarlo con las complacencias. Al menos abiertamente, no.

Hombre excesivamente atado a ciertas interpretaciones de las novelas de la tierra, es este experto en Derecho Municipal un especialista que hurga en la cómoda y conciliadora institucionalización urbana preconizada por los sectores medios de la sociedad, como uno de esos elementos básicos a los que Natalio Kisnerman acude para examinar un “área de trabajo comunitario” (12). Así las cosas, las 147 189 fincas de hasta 100 hectáreas que según el Censo Agrícola de 1946 engrosan apenas el 28,9 % del área cultivable del país (2 529 849,7 hectáreas) (13), no nos remiten sino al clásico producto que se estructura sobre un desequilibrio funcional que es inherente al dinamismo (y la atrofia) del universo republicano. Y como antídotos para ese desajuste figuran además la teoría y práctica de un “trabajo social” (pre)concebido desde la ciudad, eviterna depositaria de lo “civilizado” e “inequívoco”.

El “trabajo social” al que aspira Angulo y Pérez resulta de una “adaptación” tropicalizada de aquel vetusto Movimiento Comunitario inglés que, a partir de 1884, se propuso desplegar en la praxis todo el altruismo teórico preconizado por el Sistema de Hamburgo. Preservar los valores humanos y espirituales constatables tan sólo en las ciudades, abogar por un “mejoramiento social” (p 15) verticalista, lo ubica en el ámbito de un reformismo pacato, taciturno y elitista, poco o nada atento a la **participación** transformadora de los sectores rurales y mucho sí a lo conciliador. Mas, no por ello habrá de estarle reñido el convencimiento al menos emergente de algo que otro científico, esta vez marxista (Carlos Rafael Rodríguez), había intuido en pleno 1943:

...los defensores de un régimen o una institución social reaccionarios, tienen casi siempre plena conciencia de que están realizando una defensa interesada y mezquina. Pero aún algunos de los apologistas de la reacción, al expresar un punto de vista correspondiente al **interés** de la clase social a la que pertenecen o cuyo predominio ideológico aceptan, no lo hacen partiendo de los intereses materiales inmediatos, sino con una **falsa conciencia**, creyendo que obedecen a impulsos ideales o a criterios científicos objetivos. (14)

III- Segunda ofrenda

Centrado casi exclusivamente en una comunidad agraria y turística (Municipio de Viñales, provincia de Pinar del Río) que es (re)presentación micro de ese otro ámbito identitario no menos universal llamado Cuba, un narrador mayabequense con formación filológica se instruye en los desaciertos de Angulo y Pérez, los reformula y supera, resultando instaurador de una sociografía inspirada en los “designios” que para el ejercicio de una vida en colectivo “impone” el alma humana. A José Antonio Martínez Coronel (Güines, 1966) debemos quizás el primer acercamiento vernáculo a asuntos de naturaleza comunitaria desde una perspectiva que, sin aspirar a la **ortodoxia científica**, se afana por inquirir en las peculiaridades -¿las regularidades? - de un cosmos social atento a la institucionalización de lo intimista.

Ya desde mucho antes, creadores al estilo del eminente malacólogo Carlos de la Torre y de la Huerta (1858 – 1950), el no menos afamado paisajista güirero Domingo Ramos Enríquez (1894 – 1956), o el legendario poeta y dramaturgo español Federico García Lorca (1898 – 1936), habían reparado, apresándolo, en el misterioso confort de la geografía viñalera; pero, corresponde a Martínez Coronel plantearse desde un universalismo dialéctico que pone a interactuar a los más disímiles saberes humanísticos. Y a aquellos que, no siéndolo, también lo son. Porque lo que obsesiona al intérprete de francés -al **traductori**- es el incursionar en una emotividad de sentidos plurales, donde la connotación que hemos otorgado a los espacios se ensanche hasta rebosar de pragmatismo y notoriedad.

Por la senda no menos constructivista de los espacios, enfila pues su discurso el bisoño investigador. Continuando una tradición iniciada por Doreen Elizabeth Massey, asume que lo espacial marcha “consigo mismo, creándose desde sus adentros”; sólo que contrario a lo esgrimido por la baronesa geógrafa, los “adentros” de ese espacio son para él algo más que aquellos elementos propiciadores y/o responsables de que se “distribuyan los procesos sociales”. Para José Antonio Martínez Coronel, el propósito (la osadía) no está sino en las acciones de apropiación que los seres humanos acometen con vistas a la apertura, fortalecimiento o rescate de lo intimista. En tal sentido, lo innovador, lo verdaderamente auténtico por revolucionario, figurará tan sólo en lo que seamos capaces de conquistar, y no en aquello que de manera consumista o pasiva aceptemos.

Cuestionar la tesis de una “distribución” de los procesos sociales que, al decir de la autora de **Espacio, lugar y género** (1994), condiciona o programa la movilidad cultural del hombre, parece ser la savia que nutre a Martínez Coronel. No es que fustigue los postulados de la Profesora de la Universidad Abierta, no. Su éxito está en erguirse sobre tan autorizados cimientos; sólo que cual buen “arquitecto”, domina que para otorgar mayor seguridad a los lienzos de pared no basta con

adosarles pilastras: es necesario, como imprescindible, entibar contrafuertes de racionalidad y autonomía creativa.

Cultor de una (auto)suficiencia probada en todas las acciones de su vida, el laureado con premios tan prestigiosos como el “Razón de Ser” (2007) destina a la “noción del tránsito” el carácter y la singularidad de un “algo esencial que permanece en la historia humana” (15). Por ese cauce, toda formación económico-social, sus fuerzas productivas, todas sus generaciones hallarán en lo movable, lo dialéctico y cambiante, aquella razón vital que se les revela naturaleza. Y como dicha noción se asocia al “estar – no estar”, al “ser – no ser en los nombres sociales que acuñan los períodos económico – políticos”, todo tiende a relativizarse mucho más.

Aparece en toda generación y, más específicamente, en todo ser humano, una dualidad experiencial y emotiva que nos lleva a ser uno y muchos a la vez. Algo de ello se corresponde también con lo comunitario: la comunidad, conglomerado físico y cultural en el que convergen dos o más individualidades, vivencia esa riqueza conductual siempre desde una apertura adaptadora que le imposibilita fenecer. No pocos (pre)supuestos de índole normativa, comunicacional, simbólica, axiológica y comportamental (presupuestos condicionados por y condicionadores de una dinámica contextualidad sociocultural), se ponen a funcionar en este mutualismo para el que cada una de las partes -y todas en sí a la vez- han de dejar estipulado cuál es su verdadero papel -y ¿por qué no? **status**- en ese sistema de relaciones.

Anclado en lo que Aristóteles y Vygotsky denominan “lugar de unidad” para la “mediatización simbólica”, José Antonio Martínez Coronel configura una discursividad ensayística en la que todo hombre y mujer contrae consigo mismo(a), con sus contemporáneos y con la historia, compromisos estratégicos que transforman al contacto en pura relación, o lo que es lo mismo, al vínculo en interacción consciente y consensuada. Enunciar los nortes de ese sistema de acciones -máxime desde una óptica que pueda ser aplicable al discurrir ya de toda una comunidad-, no le resulta al narrador tarea fácil. Debe, pues, buscar en la culturología, especialmente en las ciencias psicológicas, una validación doctrinal a su filosofía. Y el recurso, aunque no lo explicita o declare siquiera a nivel referencial, lo conecta con la tesis sapiencial y seductora del doctor Manuel Calviño:

1. El respeto al derecho del otro (incluyendo lógicamente que Yo también soy el otro para otro).
2. El respeto a la individualidad, a la diferencia (personal, emocional, intelectual y por ende de las elaboraciones a ellas vinculadas).
3. La igualdad en lo esencial y la equidad en lo importante.
4. La aceptación mutua (en lo común y en lo discomún).

5. El reconocimiento de la autoridad sin detrimento de la autonomía y la independencia personal.
6. La libertad de decisión responsable.
7. La independencia para la interdependencia.
8. La observancia del interés común.
9. La primacía de los valores universales del ser humano.
10. El compromiso y la solidaridad humana” (16).

Ahora bien, a partir de esa asunción no declarada de los presupuestos éticos que, al tono del excepcional pedagogo, modelan las relaciones interpersonales, puede brindarse una respuesta lo más satisfactoria posible no sólo a los requerimientos comunicativos y extradiológicos de cualquier individuo, o a las necesidades y exigencias de una comunidad determinada, sino a uno de los **objetivos** que para la culminación del Diplomado en Estudios Socioculturales ofertado por la Facultad de Ciencias Sociales y Humanísticas adscripta a la Universidad Agraria de La Habana, formula el módulo “Estudios de Comunidades” (ajustado a 32 horas, 20 de ellas presenciales): “Establecer relaciones desde la antropología entre Estado y comunidades, y nación y nacionalidad”.

El nexo que la comunidad establece con la nacionalidad deviene constante ideográfica en la producción escritural de José Antonio Martínez Coronel. Para quien el “...vínculo esencial de la Comunidad es lo identitario: idioma, cosmogonía, artes, comidas, sexualidad, etc.” (17), no resulta extraño que aquellos elementos distintivos de cualquier conglomerado humano, ya orientados hacia la defensa de la nación y, por consiguiente, de lo nacional, figuren como material de cultivo primario para el (re)acomodo de la nacionalidad. Adviene, pues, la dimensión clasista, el carácter proyectual del interés social, aquel **status** requerido para que lo identitario -o el andamiaje de la autoidentificación- acceda a la lógica, estructuras y dinámicas de la nacionalidad.

En tal sentido, sólo cuando la identidad respeta y cultiva la supervivencia de la tradición, puede encauzar sus señas por los rumbos de la nacionalidad. No se trata -parece advertirnos Martínez Coronel- de un flujo simplista: lo histórico ha de regir, enriquecer, orientar; mas, como seres perfeccionistas e innovadores que somos, la acumulación nos sirve para no desacertar ante ¿idénticas? o similares situaciones, o para ratificarnos que estamos en el deber (casi en la obligación) de revolucionar, revolucionándonos: “Fue otra generación la que entró en la Tierra Prometida, pero guiada por el mismo dios; la herencia teológica, y con ella la identidad nacional supra-regional, estaba garantizada” (18).

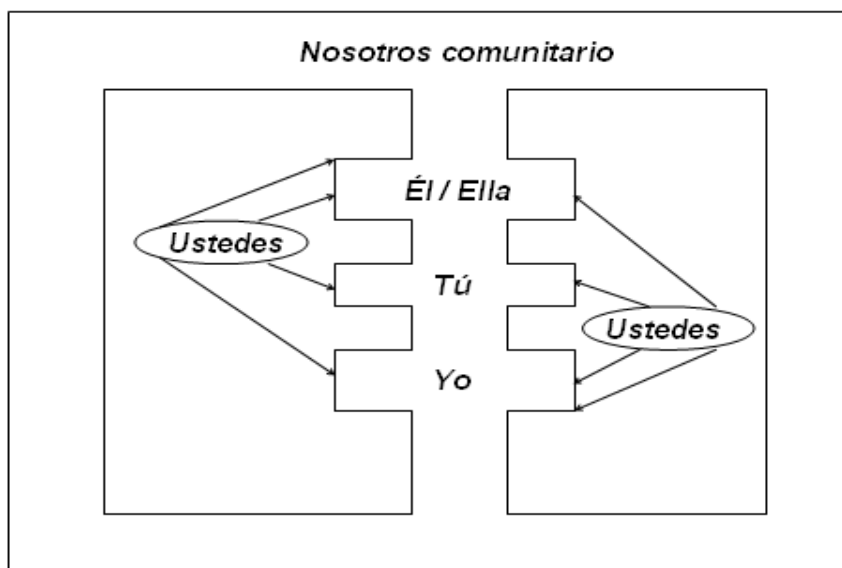
En la memoria histórica, en la hazaña cultural, coloca el también novel fotógrafo aquellos requerimientos de esencia -y no tan sólo esenciales- que sustentarán el porvenir. Establece

entonces una conexión entre los tiempos históricos, para la que ha de producirse un apego, una apropiación que desplace en su estro la mera asunción (el acatamiento muchas veces inconsciente) de los legados vitales. Una apropiación que es, ella misma, en ella misma, espiral de sorpresas, ascenso, transmutación: “Todos han trascendido su escenario cotidiano; por tanto, han asumido una herencia cultural a la que nacieron, pero de la que no se habían apropiado íntimamente. Son libres porque son, dondequiera que estén” (19).

Apropiarse de lo íntimo histórico y, en consecuencia, de lo que siempre ha denominado el “asombro vital” (20), es como uno de los “mandamientos” consustanciales a la conquista de la libertad. Se es libre (y sólo se **es**), en la misma medida en que hemos identificado aquella apropiación como necesidad amniótica de nuestra cultura, de nuestro existir. Poco o nada importa si esa identificación opera dentro de los predios de la ortodoxia comunitaria; lo verdaderamente extraordinario se halla en que seamos capaces de sentirnos partícipes de una comunidad X, aun cuando nos encontremos (o **estemos**) en un colectivo Y.

La universalidad del hombre -síntesis/reflejo de una ubicuidad a la que sólo puede aspirar Dios mismo, según nos musita implícitamente en su texto-, no presupone, sin embargo, la aceptación generalizada de lo ecuménico en la mismidad: “...un emigrado siempre será un emigrado pues por mucho que procure asimilarse a la cultura de recepción, ésta nunca dejará de percibirlo como el Otro...” (21). Cada uno de nosotros será pues efigie de una otredad para otro Otro que, en términos de (su) autoimagen, será siempre y para él, él mismo, aunque lo asumamos y validemos como el **alter** infaltable de un yo que se encarga él también de conformar.

La dinámica del fenómeno, desde el punto de vista gráfico y adecuándola a los términos de una asignatura como “Estudios de Comunidades”, puede representarse así:



Mas, ¿cómo trasladar todos estos enunciados a la producción ensayística que José Antonio Martínez Coronel dedica a ***El Valle de la Pájara Pinta***, de Dora Alonso?, ¿qué elementos de continuidad y ruptura, sobre todo de ruptura, vinculan su filosofía con la que nos legara Andrés Angulo y Pérez en su ***Curso de Historia de las instituciones locales de Cuba***?, o finalmente, ¿cuáles son los vigores y potencialidades que adjudica a la cultura agraria?

Consciente de que "...no [es posible] limitar la esencia a un lugar porque todos los lugares caben en la punta del alfiler bizantino" (22), el autor de artículos como ***La cueva del Ruiseñor, La octava gorra de Felo Puntilla, De Guanajay hasta Guane, El reto de Pegaso, Los velos de Mantua, El sueño de Penélope, Isabela o La Alquimista, o La piel del rocío*** coloca sus miras en el Municipio de Viñales para, a partir de la decodificación simbólica de sus complejidades y riquezas, estructurar una lectura lo más convincente posible de lo identitario insular. No debe inspirarnos extrañeza el que, al comenzar su aproximación a tan soberbio paisaje -al que adjudica el epíteto de "catedral calcárea de Cuba" (23)-, detenga su pluma y con ella su aliento en la expresión (la expresividad) arquitectónica de lo público y doméstico: "...fachadas y columnas de sencillo capitel dórico, sin basa, ofreciendo portales largos como el abrazo de la tierra" (24).

No puede el ensayista -que es, por sobre todas las cosas, un narrador de excelencia- rehusarse a la magia, casi el hechizo, que aún nos inoculara la naturaleza viñalera. Estableciendo un parangón entre la austeridad y la consiguiente aristarquía del orden dórico, de una parte, y la resonancia telúrica de encinares y mogotes, por la otra, (pre)configura una simbiosis emotiva donde lo arquitectónico (esa eterna columna sin basa) resulta soporte y atrio, prolongación en ascenso de lo terrenal nutriente. Es el fuste sin pedestal, como surtido de las féculas mismas de un suelo jurásico -en nuestro caso, sinónimo de génesis geológica-, lo que eleva al hombre, lo que le ratifica su condición humana, su insaciable carácter renovador, esa "...necesidad del franco asombro vital para realmente vivir" (25).

Sólo cuando se halla en la tierra aquel pretexto existencial que recorre nuestros días, podemos identificarnos con la savia bullente en lo que somos, o en aquello que nos proponemos ser, justo porque al menos en una ocasión, (no) lo fuimos. La estructura de lo identitario parece, entonces, tejerse desde el núcleo mismo de lo autóctono natural que es, a la larga, catauro y catador de lo autóctono cultural: "...el retorno a las raíces implica un reconocimiento dentro de lo que ya es pero no es consciente de qué es" (26).

Entre reconocimiento y concientización media pues un lapso vital que, aun cuando no es posible la conformación de una sin el despliegue del otro, no opera - ¿quién lo duda? - en sentido unidireccional. El mutualismo no pasa inadvertido para José Antonio Martínez Coronel, quien en

ejercicio de medida dialéctica es capaz de expresar: “Según la identidad se define, la espiritualidad se eleva en ósmosis con las raíces” (27). Luego: resulta la identidad un proceso inspirado en la propia historia, crónica que revisa constantemente su semántica, con el propósito no menos altruista de purificar el porvenir. De ahí que la abulia o, en el mejor de los casos, el mimetismo conformista, no sean los que definan lo identitario, aunque también lo sustenten/sustancien. Y es aquí cuando al narrador llegan los signos más elocuentes de su romanticismo: “...la propia persona contemplativa en una herencia de admiración histórica ante el escenario total de la vida” (28).

No puede ser la historia algo que nos sustraiga de la realidad objetiva, cuando no nos inmovilice o petrifique. A ella, a la historia, debemos sí venerarla, acudir una y otra vez, pero conscientes de nuestro sentido o *role* también histórico, transgresor. Algo de esto -y como concepto que destierra el idealismo de *La piel del rocío*- nos lo declara en *El sueño de Penélope*: “...la Arcadia – Atlántida que somos, el bohío – ónfalos de ser centro de la rueda existencial en que giramos dentro de un escenario social de esencia humana traducida según los códigos temporales de cada época” (29). Es decir, “giramos dentro de un escenario social” que presenta sus propios “códigos temporales”, sus regularidades propias; motivo por el cual, quiérase o no, poseemos conciencia clara de la empresa que estamos llamados a realizar.

La claridad y, en consecuencia, la certeza de esa concientización, adquieren en Viñales -comunidad agraria y turística por antonomasia- niveles de efectividad verdaderamente colosales. Sin abocarse a un espíritu forjado en la hipérbole, visualiza Coronel la ¿excepcionalidad? de este escenario desde las más complementarias perspectivas: “...la identidad aparece aquí en la sencilla fruición del caleidoscopio. Todo se cruza: geología, flora, fauna, espeleología, agricultura, arquitectura, lo regional, lo social, lo ontológico...” (30). Y llama la atención cómo una entidad humana formada para y en el ejercicio de las bellas letras -que la tradición culturoológica más conservadora ha asociado, exclusiva y erróneamente, con cenáculos y ciudades-, es capaz de introducir en la nómina de expresiones de lo identitario al desempeño agricultor.

Despojado de cuanto prejuicio elitista y superfluo pueda castrar su discurso, el desde 1996 miembro de la UNEAC torna suyas las palabras de Soberón, Kumate y Laguna cuando acotan: “Con enfoque estrictamente metodológico, la sociedad se divide en rural y urbana. Pero no se conciben estos sectores como polos desconectados o aislados; al contrario, coexisten y se interrelacionan. (...) La relación campo – ciudad es más dialéctica que funcionalista, sobre todo si se considera que muchas veces la segunda crece a costa del primero” (31). Partiendo de ello, asume que la agricultura ostenta, en sí, una trascendencia de tanta magnitud como la que pudieran garantizar lo arquitectónico o la ontología, por lo que el distingo entre urbe y zona rural -entre Municipio y Batey,

diría Angulo y Pérez-, en términos de espiritualidad o de compases íntimos, no es sino ilusorio, retórica despiadada. Como (casi) siempre en él, es José Martí quien da luz a sus sombras:

...Estudiando se aprende eso: que el hombre es el mismo en todas partes, y aparece y crece de la misma manera, y hace y piensa las mismas cosas, sin más diferencia que la de la tierra en que vive, porque el hombre que nace en tierra de árboles y de flores piensa más en la hermosura y el adorno, y tiene más cosas que decir, que el que nace en una tierra fría, donde ve el cielo oscuro y su cueva en la roca. (32).

(Con)centrado, como el cultivador de la rosa blanca, en la espiritualidad, mucho más que en las experiencias tangibles que en una u otra zona se puedan vivenciar -y que nos permiten hablar, desde luego, de rasgos diferenciadores entre este o aquel proceder-, José Antonio Martínez repasa la historia geológica de su patria y consagra a Viñales como punto donde confluyen las condiciones idóneas para el curso de lo íntimo. Resulta ese Municipio, según su parecer, referente quiérase o no monumental para el despliegue y administración de aquel estado, no sólo por su coqueteo prístino con ese “libro mayor” (33) o “paisaje que nos rodea con sentido de hogar planetario, universal” (34), llamado Naturaleza, sino por el substrato castálico, abruptamente hormonal que nos inspira.

Así las cosas, Viñales “espacio” se transforma, con la (con)secuencia de sucesos, apropiaciones, desechos y expectativas, en Viñales “paisaje”, en “espacio de ensueño” (35) que permite “...entrar en el misterio de las formas (...), librarse de la enfermedad del intelectual occidental” (36). En este más que rejuego, **toma y daca** que pide prestado a Fernando Aínsa (37), descansa la homologación que Martínez Coronel establece con lo fenoménico y lo esencial. Sólo cuando varamos el ímpetu en lo poético, cuando se nos revela el paisaje y somos capaces de galopar en las ancas del tiempo y los empeños, nos descubrimos en las lides de una esencia que por electiva, por audaz y discriminatoria, tiende a colocarnos ante el “principio-de-deber”, **status** último y no por ello desligado de un “principio-de-placer” (el espacio, lo fenoménico) al que se remonta (o debe remontarse) nuestro “viaje hacia la responsabilidad” (38).

Todo ser, por tanto, es responsable -no siempre el responsable absoluto- de cuanto en su medio acontezca. Tiene, pues, el deber -él es deber- de gestionar, participando. Y tras esta exigencia comunitaria -en la que ha de primar una estrategia política de corte autocrítico, autártico, regenerador de potencialidades, receptor de empoderamientos, ejecutor de derechos y ágil en la resolución de problemas-, tras esa demanda pública el ser individual suscita, se impone un “...cambio interno, [que deviene] eje de todo cambio bio-psico-socio-espiritual...” (39). Al camino, se sabe, concurren valladares: aquellos que dicta la sociedad, los que cuestiona la historia, los que

agiganta la autocensura; empero, frente a los desvaríos: la excelsitud del alma, la compulsión filosófica, el desnudo de lo vívido, "...la armonía con todo lo que nos rodea y somos" (40).

Puede que algo de inanición bucólica, de taumaturgia mística invada los mecanismos que Martínez Coronel propone para armonizar con el universo. Quizás no resulte la suya la voluntad más transgresora, si bien no deja por ello de ser contestataria. En una época de desajuste emocional, de una crisis de amor que aún no me explico por qué no ha resuelto enervar al planeta, hacerlo recordar los instantes menos fríos de su historia, el hecho mismo de aclamar por las introspecciones individuales, por el fortalecimiento inseparable de nuestro amor afectivo (y accional), constituye ya una respuesta de avanzada, meandro por donde corren los signos primeros de la insubordinación, la chanza cruda, la herejía.

Al diálogo con la naturaleza que, desde luego, somos y en ese mismo sentido, asumimos, hemos de reservar -en voz del narrador- nuestras más caras energías. Es un precio muy elevado de dolor, de filantropía y estoicismo el que se nos exige pagar. Con todo, nada resulta comparable con el hecho de "...crecer al fluir interno – externo de la felicidad..." (41), "...lograr el camino de la luz, el sendero de la sabiduría, la meditación trascendental..." (42), transformar "...al algarrobo (...) en laurel que vence al deshumanizante ritmo social – tecnológico con la savia del ritmo natural – biológico" (43).

Trátase, pues, de una concurrencia deliberada a lo biológico – natural que enfatiza en la comunión con lo divino en tanto madero salvador para anular la indigencia espiritual que, aún en los albores del tercer milenio cristiano, estigmatiza a machos y hembras, a hombres y mujeres, a hordas y comunidades. Ahora bien, hablar de "sucesivas muertes y resurrecciones" cual proceso único (44) para crecer(nos) en la inmortalidad de ser felices, sabios, universales; lejos de remitirnos al consabido pasaje de la crucifixión y el ulterior anuncio de Jesús a sus discípulos en Galilea -que, por supuesto, no deja de estar implícito en el espíritu del metadiscurso-, invoca a la entronización de sucesivos, conscientes, altruistas mejoramientos humanos.

Para esto último han de servir sobre todo la ciencia, la técnica y la tecnología. Parando mientes en la manipulación (el dominio) que de los avances en estos rubros ejercen los núcleos / centros hegemónicos del poder y el saber -y de los cuales parece como que estamos (pre)destinados a ser tan sólo satélites periféricos-, se adentra Coronel en los desvaríos (y los desvíos) éticos de un valor social cada vez más identificado con los enunciados de ciencia, técnica y tecnología para los poderosos; ciencia, técnica y tecnología para la exclusión: "...la electrónica mucho ayudaría a una mejor comunicación y nivelación social entre los países e, irónicamente, es causa de incomunicación entre tantos que en los estratos tecnológicamente desarrollados disfrutan de simultaneidades increíbles, lecho a una homogeneización de las identidades particulares" (45).

Por lo mismo, una suerte de analogía tácita entre lo que a escala comunicativo / relacional y de incidencia en la autoimagen tiene lugar, le permite a José Antonio Martínez instalarse en el núcleo mismo de vínculos ofrecidos ya a nivel macro. De velaciones y desencuentros, nexos e incongruencias. El silenciamiento de las pluralidades, la globalización de un modelo único, el exterminio del asombro vital que propugnan ciertos gendarmes en Occidente, no le resultan, ni con mucho, desconocidos. Argumento de peso mayor para que arremeta lo mismo contra excesos y vesanias, que contra utopías, pusilanimidades y entusiasmos trasnochados, más propios quizás de debutantes bio-psico-socioculturales que de criaturas instruidas en una conciencia ecológica cada vez menos constreñida al **corpus** “medioambiente” y sí abierta, atenta a la expansión hacia lo humano multidimensional, equivalente a decir hacia todo lo que, en el mundo, estando o no, es y existe.

Sólo al proyectar nuestro pensamiento y nuestra acción por la senda de una ecología abruptamente ecuménica (46), expresamos aptitud para emprender el viaje a la semilla espacio – temporal que nos reiterará humanos. El tránsito no es, desde luego, un acto cómodo o lineal, desprovisto de sinuosidades: múltiples son los vericuetos que en su curso se presentan. De su dominación han de encargarse individuo y comunidad; cuando el honor se cumplimenta, en presencia estamos del candil y la epopeya, de un parto existencial que resume cuanto de insulso -nunca estéril- y grandioso nos ha reservado, brinda y deparará la vida. Debemos, tenemos pues que

“...abrirnos a esa necesidad que tenemos todos de ser removidos para no ahogarnos en la sucesión de días opacos, elevarnos a días milenarios, asumirnos como herederos de una identidad planetaria, continental, regional, local, familiar, individual en la que Convivencia Ecológica es término importante -y sinónimo inmanente- para la Convivencia Social, urgida tanto de lo heroico colectivo como de lo heroico existencial” (47).

Notas:

- 1) Uno de los textos más pulcros metodológicamente que se recomiendan en Cuba para aproximarse al fenómeno **Comunidad**, es la investigación de Héctor Arias Herrera. **La comunidad y su estudio. Personalidad – Educación – Salud**. La Habana, Ed. Pueblo y Educación, 1995.
- 2) Algo de esto se pauta en los Artículos 68 y 74 de la **Resolución No. 210 / 2007. Reglamento del Trabajo Docente y Metodológico en la Educación Superior**. Ministerio de Educación Superior, Ed. ENPSES, septiembre 2007, pp. 30 y 32.
- 3) Ander-Egg, Ezequiel. **La problemática del desarrollo de la comunidad**. Buenos Aires, Ed. Humánitas, 1987; y **Diccionario de Trabajo Social**. Buenos Aires, Ed. Lumen, 1995.

- 4) Mijangos, Juan Carlos. “Desarrollo comunitario: de la intervención a la construcción solidaria”. En: FLACSO – Programa Cuba. **Comunidad y Desarrollo. Teoría y Práctica de nuestros días**. La Habana, Ed. AUNA – Cuba, 2001.
- 5) Couceiro Rodríguez, Avelino. “La antropología urbana y los estudios de la comunicación: una reflexión sobre sus mutuas potencialidades”. En: Revista **Catauro**. Fundación Fernando Ortiz, 2004.
- 6) La ensayista y catedrática argentina Celina Manzoni, en su obra **Un dilema cubano. Nacionalismo y vanguardia**, con la que mereciera el Premio de Ensayo Artístico – Literario “Casa de las Américas” 2000, ofrece un muy atinado criterio respecto al **status** de recepción/transgresión suscitado por el “magazine”:
 “La **revista de avance** (sic) se constituye así, como otras en América Latina, en una ‘metáfora cultural’ de su época; su estudio ingresa en el impreciso campo de la historia de las ideas, en el que la consideración de nacionalismo y vanguardismo, como términos en relación, no necesariamente antagónica, puede modificar los modos tradicionales del análisis de las vanguardias, además de producir consecuencias en los esquemas de articulación del canon de la literatura latinoamericana”.
 Véase la edición de la propia Casa de las Américas correspondiente al año 2001, p 317.
- 7) De la Torre Molina, Carolina. **Las identidades. Una mirada desde la psicología**. La Habana, Ed. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana “Juan Marinello”, 2001, p 60.
- 8) Angulo y Pérez, Andrés. **Curso de Historia de las instituciones locales de Cuba. Primera parte. Orígenes**. La Habana, Ed. Cultural, S.A., 1943, Tomo 1, pp. 17 – 18. A partir de esta cita, siempre que se haga referencia a esta obra, se consignarán entre paréntesis las páginas en las que dicho fragmento se encuentra.
- 9) Marchioni, Marcos. **Planificación social y organización de la comunidad. Alternativas avanzadas a la crisis**. Madrid, Ed. Popular, S.A., 1987, pp. 51 – 52.
- 10) Ubieta, Enrique. **Ensayos de identidad**. La Habana, Ed. Letras Cubanas, 1993, pp. 122-123.
- 11) González-Almeida, José Luis. “Porque haya un Guerra en la guerra”. En: Revista **Exégesis**. Puerto Rico, Universidad Humacao. Año 17, No. 51, 2004, pp. 31 – 37.
- 12) Kisnerman, Natalio. **Teoría y práctica del trabajo social**. Buenos Aires, Ed. Humanitas, 1986, p 11.
- 13) Citado por Navarrete Acevedo, Cratilio. **Apuntes sobre Derecho Agrario Cubano**. La Habana, Ed. ENPSES, 1987, p 65.

- 14) Rodríguez, Carlos Rafael. "El marxismo y la historia de Cuba", (1943). En: **Letra con filo**. Ciudad de La Habana. Ed. Unión, 1987, Tomo 3, p 39.
- 15) Martínez Coronel, José Antonio. **Comunidad y espacio en el coloquio de tres cuerpos literarios**. [Inédito], 2007, p 1.
- 16) Calviño Valdés-Faully, Manuel Ángel. **Orientación psicológica. Esquema referencial de alternativa múltiple**. La Habana, Ed. Científico – Técnica, 2002, p 79.
- 17) Martínez Coronel, José Antonio. Ob. cit., p 1.
- 18) Idem., p 2.
- 19) Ibídem, p 6.
- 20) Durante cuatro lustros le he escuchado emplear la complejidad de este constructo. Cuestionado para este ensayo respecto a qué entiende como tal, concluyó: "...[Es] ese instante de silencio en que todo confluye y sentimos al mundo, la historia natural y la historia social, pasar a través de nuestro cuerpo biológico y nuestro cuerpo espiritual. Un estado de paz absoluta, de ausencia de conflicto, de amor que lo abarca todo, una necesidad de reír, llorar por todos, que nos permitirá abrazar a toda la Humanidad desde el inicio mismo de la presencia humana en el planeta, e incluso antes y después. Un momento de ruptura y continuidad en nuestras vidas, porque después de ese instante seguimos en el mismo contexto social, que apenas podremos cambiar para todo lo bueno, trascendental, que acabamos de sentir, de manera que esa sensación de mirarlo todo con asombro, ver lo extraordinario en lo ordinario, es también un sufrimiento, porque por mucho que diga o escriba, no lo podré compartir con los demás, ni siquiera con los más cercanos, porque es una experiencia personal, intransferible, apenas traducible de equivalente existencial a equivalente existencial". Martínez Coronel, José Antonio. **Entrevista concedida a José Luis González-Almeida**. Güines, 25 de diciembre de 2007, 11:00 a.m.
- 21) Martínez Coronel, José Antonio. **Comunidad y espacio en el coloquio de tres cuerpos literarios**. [Inédito], 2007, p 1.
- 22) Idem., p 5.
- 23) Martínez Coronel, José Antonio. **La cueva del Ruiseñor**, p 1.
- 24) Martínez Coronel, José Antonio. **De Guanajay hasta Guane**, p 2.
- 25) Martínez Coronel, José Antonio. **La octava gorra de Felo Puntilla**, p 3.
- 26) Martínez Coronel, José Antonio. **De Guanajay hasta Guane**, pp. 1 y 6.
- 27) Martínez Coronel, José Antonio. **Los velos de Mantua**. Nota 3, p 8.
- 28) Martínez Coronel, José Antonio. **La piel del rocío**, p 1.

- 29) Martínez Coronel, José Antonio. ***El sueño de Penélope***, p 5.
- 30) Martínez Coronel, José Antonio. ***De Guanajay hasta Guane***, p 1.
- 31) Soberón, Guillermo; Kumate, Jesús y Laguna, José, comp. ***La salud en México: Testimonios. 1988. Desarrollo institucional. Asistencia social***. México, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1988, Tomo III, Vol. 2, pp. 179 – 181.
- 32) Martí, José. “La historia del Hombre contada con sus casas”. En: ***La Edad de Oro***. Ciudad de La Habana, Ed. Gente Nueva, 2004, p 80.
- 33) Martínez Coronel, José Antonio. ***El sueño de Penélope***, p 6.
- 34) Martínez Coronel, José Antonio. ***De Guanajay hasta Guane***, Nota 1, p 7.
- 35) Idem., p 1.
- 36) Martínez Coronel, José Antonio. ***La octava gorra de Felo Puntilla***, p 3.
- 37) Aínsa, Fernando. ***Espacios del imaginario latinoamericano. Propuestas de geopoética***. Ciudad de La Habana, Ed. Arte y Literatura, 2002.
- 38) Para una argumentación de esta filosofía, debe consultarse ***El sueño de Penélope***.
- 39) Martínez Coronel, José Antonio. ***El reto de Pegaso***, p 2.
- 40) Martínez Coronel, José Antonio. ***El sueño de Penélope***, p 6.
- 41) Idem., p 6.
- 42) Martínez Coronel, José Antonio. ***Isabela o La Alquimista***, p 5.
- 43) Martínez Coronel, José Antonio. ***La octava gorra de Felo Puntilla***, p 5.
- 44) Martínez Coronel, José Antonio. ***Isabela o La Alquimista***, p 5.
- 45) Martínez Coronel, José Antonio. ***De Guanajay hasta Guane***, p 3.
- 46) Una ecología económica, científica, filosófica, política, social, cosmogónica, jurídica, étnica, genérica, cultural, biológica y, por sobre todas las cosas, afectiva.
- 47) Martínez Coronel, José Antonio. ***La octava gorra de Felo Puntilla***, p 3.